



## EL TIEMPO

---

**E**l tiempo es el gran matemático que resuelve todos los problemas, el gran curioso que todo lo averigua, el gran hablador que todo lo dice.

El tiempo es el que da á luz los más ocultos secretos, los más profundos misterios.

Semejante al mar, revuelve en sus profundidades cuanto cae bajo su dominio, lo oculta, lo extravía, y al fin lo arroja sobre la playa.

Cuando todos los acontecimientos que hoy dan vueltas á nuestro alrededor, ocultándose á nuestras miradas, sean, por decirlo así, sucesos muertos, el tiempo expondrá á nuestros ojos sus cadáveres desnudos.

Hay un día, más ó menos lejano, que llegará indudablemente, para descubrir todos los secretos que se esconden en las sinuosidades de la luz artificial á cuyos reflejos pasan como sombras los sucesos de hoy.



Preciso es doblar la cabeza y encogerse de hombros ante la incomprensible manera con que están dispuestas algunas cosas.

Pensemos seriamente en este disparate tan profundo y tan verdadero:

Hoy es un día que no podemos ver claro hasta mañana.

Por eso, á la luz que arrojan sobre nuestro espíritu los últimos instantes de la existencia, se ven con tanta claridad, con tan cruel exactitud, todas las oscuridades de la vida.

Es decir, que el hombre no ve bien nada de lo que ha hecho durante los años que ha vivido, hasta que la muerte empieza á nublarle los ojos.

Véase cómo vamos adquiriendo poco á poco el conocimiento de nosotros mismos.

Hasta que llega el hombre á los quince años, no sabe que ha sido niño.

Hasta que cumple cuarenta, casi ignora que ha sido joven.

Hasta que el peso de la edad lo encorva, como si lo obligara á tener fija la mirada en la sepultura abierta á sus pies para recogerlo, no sabe que hace ya veinte años que es viejo.

El tiempo todo lo descubre.

Este vago, indiferente á todo, cuya única ocupación es pasar, es el que todo lo sabe.

El tiempo es el que descubre el tejido de las telas más artificiosamente trabajadas.

Yo no sé dónde va, que no quiere irse cargado con el peso de ningún secreto.

¡Cuántas historias, ignoradas hoy, sabremos mañana!

Hay en esto un respetable sentimiento de humanidad.

Las disecciones no se hacen más que sobre los cadáveres.

No hay cirujano que se atreva á llevar la punta fría de su escalpelo á las entrañas de un hombre vivo, para ver en ellas la causa de la enfermedad que quiere combatir.

La vida inspira tan profundo respeto, que no se la puede abrir para que nos revele los misterios de la enfermedad.

¿Había de ser el tiempo más cruel que un cirujano?

¿Había de entretenerse en descarnar los sucesos antes de que fueran cadáveres?

Sería verdaderamente un asesinato.

No tenemos derecho á exigirle que cometa un crimen por satisfacer nuestra curiosidad.

¡Qué bien hechas están todas las cosas para llevar el fin á que se hallan destinadas!

Ved si no cómo se refugian en el recinto inviolable de la vida las más terribles enfermedades.

Ved cómo se apoderan de un hombre, cómo se encierran en sus entrañas, y desde allí, arrogantes por la inviolabilidad del asilo en que se han refugiado, desafían al médico y se burlan de la medicina.

No hay específico que llegue adonde ellas están; no hay instrumento que se acerque á herirlas, por-



que han puesto delante de ellas, como una muralla, la vida del enfermo.

Así que han devorado las entrañas; así que han chupado toda la sangre y han paralizado los músculos y han helado el corazón, entonces se escapan, llevándose hasta el último suspiro de la víctima, dejando á las averiguaciones de la ciencia el mudo espectáculo de un cadáver.

Aquí entra perfectamente el escalpelo, penetra en los misteriosos lugares por donde ha pasado la muerte, la ciencia toma nota de los estragos que á sus ojos se presentan, y escribe muy satisfecha la historia de la enfermedad.

Pero el muerto no resucita.

Al cadáver se le echa tierra.

Los sucesos vivos no se pueden disecar.

No se puede llegar á sus entrañas.

No es posible abrirlos para que la luz entre á señalarnos las causas que los ponen en agitación y en movimiento.

Mañana, cuando el cadáver de todo lo que hoy pasa esté sobre la pila de las disecciones, entonces veremos con perfecta claridad las oscuridades que nos rodean.

Entonces, en las entrañas ya frías del cadáver, encontraremos la explicación clara de este confuso cuadro de síntomas que tenemos hoy delante de los ojos.

Entonces comprenderemos la acción misteriosa y deletérea de los humores que se han infiltrado en la sangre.

Veremos el corazón corrompido, podrida la cabeza, envenenadas las entrañas.

Sólo el tiempo puede hacer este terrible descubrimiento.

El tiempo; esa cosa impalpable, que se nos escapa por todas partes, que es tan alegre en la primavera, tan tempestuoso en el verano, tan triste en el otoño, tan frío en el invierno.

El tiempo, que es á la vez nuestra vida y nuestro castigo, nuestro cómplice y nuestro juez.

El tiempo, que pasa como si tal cosa por la superficie de la tierra, conteniendo á las semillas que esperan su voz para romper las ligaduras que las contienen y levantar, sobre millares de caprichosos vástagos, nuevas generaciones de flores.

Ese que con sólo pasar, minuto á minuto, cuaja los frutos que se esconden entre las hojas apiñadas de los árboles, como esconde el niño avergonzado la cara fresca y sonrosada en el regazo de su madre.

El tiempo, que una á una deshoja todas las flores, y uno á uno desnuda todos los árboles, que convierte el agua en una piedra, que quebranta las rocas, que destruye los pueblos, que acaba con las generaciones.

Ese que es la desesperación de todas las mujeres que van á cumplir cuarenta años; la esperanza de las que no han llegado á quince; el fastidio de los holgazanes; el verdugo de los que trabajan.

El tiempo, que descubre las canas, que señala el sitio donde han de aparecer las arrugas; ese se



encargará mañana de enseñarnos lo que es el día de hoy.

Dejémosle que pase, seguros de que no se llevará ningún secreto.

Este es el tiempo en general; el tiempo presente, en particular, debe ser un tiempo muy estrecho.

Véase ese incesante afán con que las dos terceras partes de la humanidad trabajan para salir del día.

Los que viven con más desahogo es porque han encontrado el secreto de vivir en la inmensidad del tiempo pasado ó en los espacios sin límites del tiempo futuro.

Estos dos secretos tienen sus nombres, que son el crédito y los cosméticos.

El crédito, que es el recurso encontrado para que muchos hombres puedan vivir hoy con la fortuna que podrán tener mañana.

Es bolsillo imaginario del cual se saca tanto dinero real y efectivo.

Los cosméticos son la media vuelta á la izquierda de esa media vuelta á la derecha.

Es vivir precisamente con la juventud que se ha derrochado.

El hombre busca el dinero en la fortuna que todavía no ha podido conseguir, y la mujer toma su belleza de una juventud que ya ha consumido.

En el momento en que una mujer ha llegado á los treinta años, se detiene como fatigada, refle-

xiona seriamente, y elige entre los dos términos fatales que se le presentan : ó seguir adelante, ó retroceder.

La que no ve en la vejez un remordimiento, y en la juventud que ha consumido un crimen; la que tiene en su corazón y en sus virtudes un recurso permanente para agradar á un mismo tiempo á los niños, á los jóvenes y á los ancianos; la que no encuentra en el espacio de su vida ningún período que merezca suprimirse; la que no hace de sus años faltas que necesite disimular; en fin, la que no se avergüenza de haber nacido antes que sus hijos, sigue adelante.

Es decir, deja que las primeras canas campeen orgullosas entre sus cabellos negros ó rubios; deja que las primeras arrugas asomen á su frente como la señal de pensamientos graves; deja que el respeto se una al cariño y la veneración al afecto.

No le teme á la vejez, porque, como las flores olorosas, conserva después de marchita el perfume de su bondad.

No teme desnudarse de los encantos de su cuerpo, porque tiene para seducir los encantos de su virtud.

La que ha hecho de su hermosura el único refugio de su alma; la que no ejerce más imperio sobre el corazón del hombre que el atractivo pasajero de una tez fresca, de unos labios encarnados, de unas formas correctas; la que á fuerza de oirse llamar hermosa ha creído que no puede dejar de serlo; la que comprende que la primera cana será en



La primera se compone de esperanzas ; la segunda de recuerdos.

Vivimos la primera parte de nuestra vida en el tiempo futuro ; la segunda en el tiempo pasado ; esto es, al revés de como parece que vivimos : hoy en mañana ; mañana en ayer.

La juventud es una cosa que va ; la vejez una cosa que viene.

Examínese cada hombre, y verá que se encuentra en una de estas dos situaciones. Ó todo lo ve en el risueño espejo del tiempo futuro, ó en el triste espejo del tiempo pasado.

Para él, todo va á ser ó todo ha sido ya.

Hoy es siempre una especie de cero interminable colocado entre dos series de guarismos, un paréntesis abierto entre ayer y mañana ; el espacio que se deja entre dos renglones para que no se confundan.

Lo presente no será nada hasta que haya pasado ; lo futuro será algo mientras no llegue.

El tiempo es el único ser que jamás nos abandona. Nos saca de la cuna, para llevarnos al sepulcro.

El que todo lo tapa es al mismo tiempo el que todo lo descubre.



## M. HERMANN Y EL HOMBRE-CAÑON

**E**STAMOS en presencia de dos hombres extraordinarios, que á un mismo tiempo se disputan nuestra atención.

¿Quién es Hermann?

Hermann es una especie de símbolo.

Es la representación viva de una cosa que tiene muchos nombres.

Se llama razón moderna, filosofía moderna, derecho moderno, justicia moderna.

Se llama también prestidigitación.

Á primera vista Hermann no es más que un jugador de manos.

Esto es : un saco lleno de incidentes inesperados, de sorpresas imprevistas, de efectos maravillosos.

¿Qué hace Hermann?

La verdadera contestación de esta pregunta se encuentra admirablemente encerrada entre dos interrogaciones.



¿Qué no puede hacer Hermann?

El espíritu revolucionario, por una transmigración misteriosa, ha venido á tomar la forma de dos manos, en las cuales todo se transforma, aparece y desaparece, según la voluntad del que las dirige.

Es el sofisma práctico.

No creer lo que se le ve hacer, sería casi negar la evidencia.

La razón, avergonzada, se oculta sin saber explicarse lo que admira, y el prestidigitador, si no convence, subyuga.

Y parece mentira que la razón se resista á creer en sí misma al verse de bulto.

Lo que Hermann ejecuta todas las noches, es lo que la razón hace todos los días.

La razón prueba con palabras; Hermann con hechos.

La ha traducido con irresistible exactitud.

La prestidigitación es á la razón humana lo que el mono al hombre: su caricatura.

De la misma manera que Hermann prueba que en el fondo de un huevo se oculta una moneda de oro, nos ha probado la razón que en la discusión está la luz.

Hay, sin embargo, una diferencia que debe consignarse, á pesar de que salta á los ojos.

Con la moneda de oro que sale del huevo no hemos podido todavía comprar nada; pero con la luz que sale de la discusión hemos visto muchas veces las estrellas.

El asombro que Hermann produce, es el mismo que el error causa.

Es el entusiasmo con que nos inflaman las ideas en que no creemos.

La prestidigitación está en el fondo de todos los grandes sucesos.

La más admirable de todas las prestidigitaciones, es la que poseen algunas mujeres, con la cual impiden que los años pasen por ellas.

El interés es el primer prestidigitador del mundo.

Nadie como él transforma los hombres, los sucesos y las opiniones.

Mucho más hábil que la virtud y que la verdad, hace de un perverso un santo, de un corazón frío un corazón tierno, de un pobre un rico.

El interés, que está en todas partes, menos en la literatura dramática de estos días, ha puesto la prestidigitación á una altura á que Hermann no alcanza.

Ha hecho de la prestidigitación una verdadera ciencia, de la cual arrancan luminosos axiomas que pasan á enriquecer la abundante mina de los conocimientos humanos.

El estético más escrupuloso se ve precisado á bajar la cabeza ante esta profunda verdad:

La mujer más fea deja de serlo al lado de un dote de cincuenta mil duros.

El dolor no tiene más remedio que encogerse de hombros y reconocer que los duelos con pan son menos.

No hay un hombre á quien le caiga el premio



gordo de la lotería que no sea otro hombre al día siguiente.

¿El papel no es continuamente objeto de las prestidigitaciones del interés?

¿No es el interés el que pasa á los hombres políticos de un partido á otro?

La belleza más intratable tiene siempre una sonrisa para el más rico.

Será capaz de sonreirse aunque tenga los dientes feos.

Hermann no puede llegar nunca á tanto, porque un hombre no conseguirá jamás reunir la habilidad y el talento de que ha sido dotado el interés.

Sin embargo, es un objeto de admiración.

Tiene la maravillosa facultad de acertar el pensamiento.

Yo quiero despojarle de la gloria que pueda adquirir con semejante privilegio.

En esta época que cada uno tiene su modo de hablar, no hay más que un solo pensamiento.

Es un pensamiento personal, reducido á estas dos letras : Yo.

Nadie piensa más que en sí mismo.

Obsérvese bien el movimiento de la sociedad, y se verá claramente que cada uno sigue el camino que va á parar á él.

Como cada uno no tiene costumbre de verse más que á sí solo, cuando aparece retratado con la multitud, se mira y no se conoce.

Por eso no ve en los juegos de Hermann un sarcasmo á su razón ni una caricatura de su egoísmo.

Está delante del prestidigitador como un ciego que recobrará repentinamente la vista delante de un espejo.

¿Qué asombro se causaría á sí propio !

Preguntaría lleno de admiración y curiosidad la explicación de aquel fenómeno que producía él mismo.

¿Qué cosa más extraordinaria, más nueva y más incomprensible que Hermann ?

Hermann es la sociedad.

El último juego que Hermann hace sin saberlo, es llevarla corriendo detrás de sí mismo.

Nunca caerá ella en la verdad de este absurdo.

Volvamos la hoja, y tropezaremos con el reverso de la medalla.

El hombre-cañón es la espalda de Hermann.

Es un ser excesivo, una especie de elefante humano, á cuyo conjunto sería un verdadero abuso llamarle economía animal.

Geográficamente considerado, es una montaña, y mecánicamente examinado, es una fuerza viva de algunos caballos.

Investiguen los filósofos modernos con arreglo á la doctrina de Kant ó de Hegel la razón histórica de este Goliath contemporáneo.

Examinen si es el resultado de una condensación inevitable y autonómica de los elementos constitutivos de Hércules, ó si procede más bien de un principio constitucional de Sansón incubado al través de los siglos y encarnado en la edad presente.

• La verdad es que, descubierta la fuerza del va-



por, la fuerza del derecho y la fuerza de la palabra, la fuerza del *hombre-cañón* debe ser á los ojos de la filosofía una especie de arcaísmo.

La naturaleza al producirle ha incurrido sin duda alguna en un error de fecha, confundiendo sin saberlo dos épocas que el tiempo ha separado de manera que no pueden juntarse.

Así es que al ver al *hombre-cañón*, se ve clara y perfectamente que la naturaleza ha hecho una barbaridad.

No se necesita un grande esfuerzo filosófico para convencerse de que no tiene razón de ser, puesto que la naturaleza misma lo presenta como un abuso de la fuerza.

Sin embargo, el *hombre-cañón* debe tener á los ojos de los hombres prácticos más importancia de la que á primera vista parece.

Las bromas pesadas, las cuestiones graves, el empuje de los acontecimientos, la presión de las circunstancias, la inflexibilidad de la lógica y la resistencia de la ley, son para él obstáculos insignificantes.

Véasele en el Circo de Price ó en medio de la Plaza de Toros levantar sobre sus hombros un cañón de á ocho con la misma soltura que pudiera hacerlo una cureña, y resistir una explosión de la pieza con la misma impasibilidad que una muralla.

Véasele entretejer su cuerpo en los tirantes de dos briosos caballos, asirse con las manos á un objeto que le sirva de apoyo, y en vano el látigo cayendo sobre los caballos y los caballos levántan-

dose sobre el pavimento, querrán doblar la tensión formidable de aquellos músculos que se señalan en la piel como las montañas sobre la tierra.

Si el arranque irreflexivo de los caballos, más dispuestos á correr que á tirar, no es una prueba completa, mírese vencer el esfuerzo lento, tenaz y constante de un par de bueyes, que doblan avergonzados sus cabezas y hunden inútilmente sus anchas pezuñas en la tierra sin poder adelantar un paso.

Dígase ahora si para este hombre puede haber bromas pesadas, ni cuestiones graves, ni empujes, ni presión, ni inflexibilidad, ni resistencia.

Pero la gran medida de su fuerza no debe medirse por el sacudimiento del cañón, ni por el arranque impetuoso de los caballos, ni por la testaruda violencia de los bueyes.

La gran prueba no se encuentra anunciada en los carteles, ni se halla prevista en el programa del espectáculo.

No es una cosa dispuesta de antemano y preparada convenientemente; es una prueba espontánea, que resulta como el sonido al choque de dos cuerpos sonoros.

Calcúlese la rapidez del movimiento que nos arrastra en la época presente, teniendo en cuenta el poderoso impulso con que debe precipitarse un cuerpo tan grave como la humanidad, al descender ansiosa por la pendiente del abismo en cuyo fondo deben estar los pensamientos más profundos en cuya busca vamos.

Calculada esta fuerza que nos empuja como un



torbellino, calcúlese la que sería necesaria para contenerla.

Pues bien: yo he visto á esa humanidad, bajo la forma de ocho mil espectadores, quedarse parada ante la monstruosa fuerza del *bombre-cañón* como los caballos y como los bueyes.

He visto más: la he visto suspensa, pendiente de sus rudos miembros, oprimida por la fatiga de la fuerza que hacía el mismo que la sujetaba.

Yo no sé la fuerza que se necesita para tener á un tiempo á ocho mil espectadores con la boca abierta; pero me parece que es el *maximum* de fuerza á que se puede llegar.

El público acude á la fuerza del *bombre-cañón*, y los espectáculos del Circo de Price, para ser en todo invariables, reúnen en cada función un número igual de espectadores, esto es, un lleno diario.

Del Circo de Recoletos al Circo de la plaza del Rey, háy la distancia á que naturalmente se hallan colocados un ejército y un Congreso, una guerra y una discusión, el fuego de la palabra y el fuego de la artillería; la distancia que media entre una nota diplomática y una carga á la bayoneta; la que hay, en fin, entre la habilidad y la fuerza.

Así es que del Circo de caballos al teatro del Circo no hay más que un paseo.

M. Hermann está detrás del *bombre-cañón*, como la idea detrás de la palabra, como el alma detrás de la cara.

Cuando la fuerza, como un grito de los tiempos

bárbaros, viene á encadenar nuestra atención y á imponernos el tributo del asombro y la contribución que todas las noches se paga en el Circo de Price, la habilidad no podía permanecer ociosa, dejándose arrancar por la fuerza las conquistas alcanzadas con la virtud maravillosa de tantos cubiletos y de tantos juegos de manós.

M. Hermann se había despedido del público sobre sus doscientas veces, anunciando todos los días la última función.

Si había agotado el repertorio de sus juegos desde la quinta función, dentro de su habilidad estaba el recurso de un nuevo juego que llamara al público al teatro por espacio de muchas noches.

Por poco que buscara en el laberinto de sus escamoteos, debió parecerle pronto la idea que buscaba, y los carteles, que debían estar en el secreto, empezaron á gritar de esquina en esquina:

Última función de M. Hermann.

El público que aún no había penetrado en los secretos de la prestidigitación, tomó el anuncio al pie de la letra, sin caer en la malicia de que se trataba de un juego.

Aquí empieza el prodigio de la habilidad.

M. Hermann empieza á sacar últimas funciones en tanta abundancia, que no ha concluído todavía. Todo el mundo ha pagado repetidas veces la última función de M. Hermann, y, sin embargo, M. Hermann no ha dado todavía su última función.

Y á un mismo tiempo, la gente, arrastrada por



la fuerza del *bombre-cañón*, llena el Circo de Price, y atraída por la última función de M. Hermann, llena el teatro del Circo.

La habilidad, mucho más exigente que la fuerza, una vez puesta en el camino de las últimas funciones, había de buscar un nuevo recurso que oponer á los indomables músculos del *bombre-cañón*.

M. Hermann sólo podía acometer semejante empresa, y comprendiendo en toda su profundidad la fuerza de un bolsillo no satisfecho en combinación con el principio de enseñar divirtiendo, hace del teatro una escuela, de la prestidigitación una materia más de la instrucción pública, del público una colección de alumnos, y anuncia que cada noche va á enseñar uno de los misteriosos secretos de sus raros prodigios.

Verdaderamente M. Hermann no tiene derecho para disponer de unos conocimientos cuyo secreto forma el patrimonio de todos los prestidigitadores.

Es indudable que esa especie de desamortización hecha en su exclusivo beneficio, es un despojo.

Pero se trata de enseñar.

¿Quién no quiere aprender, aunque no sea más que lo preciso para engañar á sus semejantes?

¿Quién no se deja engañar una vez siquiera por saber cómo podrá él engañar á otro?

Estamos, pues, asistiendo á la lucha de los tiempos bárbaros con los tiempos modernos, la lucha de la fuerza y de la habilidad.

Estos dos hombres extraordinarios vienen á ser la síntesis de la época, á saber :

La punta de la lengua y la punta de la espada; juegos de palabras y juegos de armas ; la superchería y la fuerza.

